
**PREFACIO A LA EDICIÓN
FRANCESA**

John Maynard Keynes

Traducción de Alberto Supelano.

Durante cien años o algo más la economía política inglesa ha estado dominada por una ortodoxia. Esto no significa que haya predominado una doctrina inmodificada. Por el contrario. La doctrina ha evolucionado progresivamente. Pero sus presupuestos, su ambiente y su método se han mantenido sorprendentemente idénticos, y puede observarse una notable continuidad a través de todos los cambios. Yo me eduqué en esa ortodoxia, en esa continua transición. La aprendí, la enseñé, la escribí. Es probable que para quienes observan desde fuera aún me mantenga en ella. Los futuros historiadores de la doctrina considerarán que este libro sigue en esencia esa misma tradición. Pero al redactarlo, y al redactar otros trabajos que me impulsaron a escribirlo, sentía que estaba rompiendo con esa ortodoxia, que reaccionaba fuertemente contra ella, que estaba escapando de algo, que me estaba emancipando. Y ese estado mental explica algunos errores que se encuentran en el libro, en particular el tono controversial de varios pasajes, y la sensación de criticar excesivamente un punto de vista particular y muy poco *ad urbem et orbem*. Quería persuadir a los de mi propio entorno y no me dirigí con la suficiente fuerza a la opinión externa. Hoy, tres años después, luego de haberme acostumbrado a mi nueva piel y de haber llegado casi a olvidar el aroma de la antigua, si lo escribiese de nuevo, debería empeñarme en liberarme a mí mismo y fijar mi posición en una forma más clara y nítida.

He dicho todo esto en parte para explicarme y en parte para disculparme con los lectores franceses. Porque en Francia no ha habido ninguna tradición ortodoxa que haya ejercido la misma autoridad sobre la opinión contemporánea como en mi país. En Estados Unidos, la situación ha sido bastante parecida a la de Inglaterra. Pero en Francia, como en el resto de Europa, no ha habido una escuela tan predominante desde la extinción de la escuela de economistas liberales franceses que estaba en su cúspide hace veinte años.(aunque ellos vivieron hasta una edad tan avanzada,

hasta mucho después de que decayera su influencia, que cuando me convertí en el editor del *Economic Journal* consideré que era mi deber escribir el obituario de algunos de ellos: Levasseur, Molinari, Leroy-Beaulieu). Si Charles Gide hubiera logrado la misma influencia y autoridad que Alfred Marshall, la situación francesa habría sido más parecida a la nuestra. Como son las cosas, los economistas franceses son eclécticos, quizá demasiado (así pensamos a veces), sin raíces profundas en un pensamiento sistemático. Quizá esto ayude a que les sea más fácilmente comprensible lo que tengo que decir. Pero también puede llevar a que mis lectores a veces se pregunten de qué estoy hablando cuando me refiero, con lo que algunos de mis críticos ingleses consideran un uso inadecuado del lenguaje, a la escuela 'clásica' de pensamiento y a los economistas 'clásicos'. Por tanto, quizá sirva de ayuda a mis lectores franceses que intente indicar muy brevemente lo que para mí es la principal *differentiae* de mi enfoque.

A mi teoría la he denominado teoría *general*. Así expreso que estoy interesado principalmente en el comportamiento del sistema económico en su conjunto; en los ingresos agregados, los beneficios agregados, el producto agregado, el nivel de empleo, la inversión agregada, el ahorro agregado y no en los ingresos, los beneficios, el producto, el empleo, la inversión y el ahorro de industrias, empresas o individuos particulares. Y sostengo que se han cometido graves errores con la transposición al sistema en su conjunto de conclusiones que se extrajeron correctamente del análisis de un componente aislado de ese sistema.

Permítanme dar algunos ejemplos. Mi pretensión de que, para el sistema en su conjunto, el monto del ingreso que se ahorra, en el sentido de que no se gasta en consumo corriente, es y debe ser necesariamente exactamente igual al monto de la nueva inversión neta ha sido considerado como una paradoja y se ha prestado para una amplia controversia. Es indudable que la explicación debe encontrarse en el hecho de que esta relación de igualdad entre el ahorro y la inversión, que necesariamente es válida para el sistema en su conjunto, no es válida para todos los individuos en particular. No hay ninguna razón para que la nueva inversión de la que soy responsable guarde una relación cualquiera con el monto de mis propios ahorros. En forma legítima, consideramos que el ingreso de un individuo es independiente de lo que él mismo consume e invierte. Pero debo subrayar que esto no debería llevarnos a pasar por alto el hecho de que la demanda proveniente del consumo y la inversión de un individuo es la fuente de ingresos de otros individuos, de modo que los ingresos no son independientes de la propensión de los individuos a gastar e invertir, sino todo lo contrario; y puesto que la disposición de los individuos a gastar e invertir depende de sus ingresos, se establece

una relación entre los ahorros agregados y la inversión agregada que —como puede demostrarse fácilmente más allá de cualquier duda razonable— es de exacta y necesaria igualdad. Considerada correctamente, esta es una conclusión trivial. Pero pone en movimiento una cadena de razonamientos de la que se derivan cuestiones más fundamentales. Es demostrable que, en términos generales, el nivel corriente de producto y empleo depende, no de la capacidad para producir o del nivel de ingresos preexistente, sino de las decisiones actuales de producir, las que a su vez dependen de las decisiones actuales de invertir y de las expectativas actuales acerca del consumo corriente y esperado. Además, tan pronto sabemos cuál es la propensión a consumir y a ahorrar (como las he denominado), es decir, el resultado para la comunidad como un todo de la inclinación psicológica de los individuos a cómo gastar sus ingresos, podemos calcular qué nivel de ingresos y, por tanto, qué nivel de producción y de empleo, está en un equilibrio de beneficios con un nivel dado de nueva inversión; a partir de lo cual se desarrolla la doctrina del multiplicador. Nuevamente, se vuelve evidente que, *ceteris paribus*, una propensión creciente a ahorrar contraerá los ingresos y la producción, mientras que una inclinación creciente a invertir los aumentará. Quedamos, entonces, en capacidad de analizar los factores que determinan el ingreso y el producto del sistema en su conjunto; tenemos, en el sentido más riguroso, una teoría del empleo. De este razonamiento se derivan conclusiones particularmente relevantes para los problemas de las finanzas públicas, de la política económica general y del ciclo económico.

Otro rasgo especialmente característico de este libro es la teoría de la tasa de interés. En los últimos tiempos, muchos economistas han sostenido que la tasa corriente de ahorros determina la oferta de capital libre, que la tasa de inversión corriente determina su demanda y que la tasa de interés es, para decirlo así, el factor de precios de equilibrio determinado por la intersección de la curva de oferta de ahorros y la curva de demanda de inversión. Pero si el ahorro agregado es necesariamente y en todas las circunstancias exactamente igual a la inversión agregada, es evidente que esta explicación se viene abajo. Debemos buscar la solución en otra parte. Yo la encuentro en la idea de que la función de la tasa de interés es preservar el equilibrio, no entre la demanda y la oferta de nuevos bienes de capital, sino entre la demanda y la oferta de dinero, es decir, entre la demanda de *liquidez* y los medios que satisfacen esta demanda. Aquí retorno a la doctrina de los viejos economistas anteriores al siglo XIX. Montesquieu, por ejemplo, percibió esta verdad con una gran claridad¹. Montesquieu, el verdadero

1 Tengo en mente particularmente el libro XIII, capítulo 19, de *El espíritu de las leyes*.

equivalente de Adam Smith y el más grande de los economistas franceses, fue muy superior a los fisiócratas en penetración, claridad mental y buen sentido (que son las cualidades que debería tener un economista). Pero debo remitir al texto de este libro para mostrar en detalle como funciona todo esto.

El título que le he dado es el de *Teoría general del empleo, el interés y el dinero*; y el tercer rasgo sobre el que quiero llamar la atención es el tratamiento del dinero y de los precios. El siguiente análisis constata mi liberación definitiva de las confusiones de la teoría cuantitativa que una vez defendí. Considero que el nivel general de precios está determinado exactamente de la misma manera que los precios individuales, es decir, por la influencia de la oferta y la demanda. Las condiciones técnicas, el nivel de salarios, el grado de subutilización de la planta y del trabajo, y el estado de los mercados y la competencia determinan las condiciones de oferta de los productos individuales y de la producción en su conjunto. Las decisiones de los empresarios, que proporcionan los ingresos de los productores individuales, y las decisiones de esos individuos sobre la forma en que gastan dichos ingresos determinan las condiciones de demanda. Y los precios —tanto los precios individuales como el nivel general de precios— son el resultado de esos dos factores. El dinero, y la cantidad de dinero, no influyen directamente en esta fase del proceso. Estos ya cumplieron su tarea en una fase anterior del análisis. La cantidad de dinero determina la oferta de recursos líquidos y, por tanto, la tasa de interés y, en conjunto con otros factores (particularmente el de la confianza), la propensión a invertir, que fija a su vez el nivel de equilibrio de los ingresos, la producción y el empleo y (en esta fase y junto con otros factores) el nivel general de precios a través de las influencias de la oferta y la demanda que así se establecen.

Creo que hasta muy recientemente la economía ha estado dominada en todas partes por las doctrinas asociadas al nombre de J. B. Say, aunque sin una mayor comprensión. Es verdad que la mayoría de los economistas abandonaron esta 'ley de los mercados' hace mucho tiempo, aunque aún no se han desembarazado de sus supuestos básicos y particularmente de la falacia de que la demanda es creada por la oferta. Say suponía implícitamente que el sistema económico operaba siempre a plena capacidad, de modo que una nueva actividad sustituía siempre a otra actividad y que nunca era una actividad adicional. Casi todas las teorías económicas posteriores dependen de este supuesto, en el sentido de que les es necesario. Sin embargo, una teoría basada en ese supuesto es claramente inadecuada para abordar los problemas del desempleo y del ciclo económico. Quizá exprese mejor a los lectores franceses lo que pretendo con este libro diciendo que en la teoría de la producción hay

una ruptura definitiva con las doctrinas de J. B. Say y que en la teoría del interés hay un retorno a las doctrinas de Montesquieu.

20 de febrero de 1939, King's College, Cambridge